

SER ÁNGELES DE LOS NIÑOS

“Le trajeron entonces a unos niños para que los tocara, pero los discípulos los reprendieron. Al ver esto, Jesús se enojó y les dijo: «Dejen que los niños se acerquen a mí y no se lo impidan, porque el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos. Les aseguro que el que no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él». Después los abrazó y los bendijo, imponiéndoles las manos” (Mc 10, 13-16)

Este es el texto que ha golpeado con más fuerza el corazón de Juan María y que le ha servido como punto central para focalizar desde ahí todo el Evangelio. Esta es la Palabra carismática que ha engendrado el cuerpo congregacional, es la que ha hecho nacer a la Congregación de los Hermanos Menesianos y la que tiene que seguir dándole vida hoy a la Familia Menesiana. En las aulas de la Escuela Menesiana debe seguir resonando el permanente eco de las palabras de Juan María: “Mis escuelas han sido fundadas para dar a conocer y hacer amar a Jesucristo”. La Misión de la Escuela Menesiana es ser mediación e instrumento que posibilite “conocer y amar a Jesús”.

Pero, ¿quién es el encargado de llevar adelante esta misión? El **educador** con todo su ser.



“Queridos niños, a los que Jesús nuestro Salvador ha amado tanto, a los que se ha dignado abrazar y bendecir, vengan a nosotros, permanezcan con nosotros, seremos los ángeles de la guarda de su inocencia” (S.VII. 2271).

Aparece así una característica de la Escuela Menesiana: El alumno es el centro

Se encuentra en estrecha relación con el texto bíblico de Mt 18,10-14:

*“Cuidense de despreciar a cualquiera de estos pequeños, porque les aseguro que sus **ángeles** en el cielo están constantemente en presencia de mi Padre celestial. Porque el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido ¿Qué les parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y una de ellas se pierde, ¿no deja las noventa y nueve restantes en la montaña, para ir a buscar la que se extravió? Y si llega a encontrarla, les aseguro que se alegrará más por ella que por las noventa y nueve que no se extraviaron. De la misma manera, el Padre que está en el cielo no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños”*

Éste es un rasgo esencial de todo educador menesiano: “**Ser ángel**”, ser mediación de la ternura y la misericordia de Dios para los niños y jóvenes en la acción educativa. Nuestro Padre Fundador dirá a los niños:

“Queridos niños, vengan con diligencia y confianza, los llamo a todos en el nombre del Señor Jesús, quien, mientras que estuvo en la tierra, los llamaba también con tanta ternura y bondad. Hijitos míos, no tengan miedo, el hermano que les va a prodigar sus cuidados es un segundo padre que la Providencia les da; él no dejará nada para adornar su espíritu con conocimientos que luego podrán serles útiles; pero el buscará sobre todo, por una feliz mezcla de dulzura y de firmeza, de corregirlos de sus defectos y de hacer de ustedes santos; y es así como él se santificará a sí mismo y cumplirá con su vocación que él ha recibido de lo alto; pasará sobre la tierra haciendo el bien, ignorado de los hombres, no esperando de ellos ni elogios ni recompensas, pero consolado y sostenido por la dulce esperanza que los niñitos que el ha instruido y santificado, entrarán un día con él en el cielo y serán reunidos para siempre en los tabernáculos eternos.”

Desde estas palabras del Evangelio Los Hermanos, La Familia Menesiana deben leer e interpretar toda la historia, todos los acontecimientos de la vida. Más aún los educadores menesianos según Juan María, deben cultivar las mismas actitudes de bondad y ternura de Jesús.

Para Juan María romper y distribuir el pan (el pan material, el de la instrucción, el de sentido...) es una tarea urgente, absoluta, nacida de un corazón enternecido por los niños, como en la multiplicación de los panes, por eso animaba a los Hermanos y hoy sus palabras deben seguir animando a la Familia Menesiana:

“Dejen su país, su familia, sacrifiquen todo; vayan y enseñen a esos pobres niños que piden el pan de la instrucción y que están expuestos a perecer porque no hay nadie que lo parta y se lo distribuya.” (S VII 2242)

Los educadores menesianos, los miembros de la Familia Menesiana llenos del Espíritu como Jesús, hoy están llamados a continuar la obra de Jesús, imponiendo las manos a los niños y jóvenes para liberarlos, para hacerles ver, caminar, darles vida. El educador menesiano continúa la misión de Jesús, hombre poderoso en “hechos y palabras”. Proclamar y curar son las dos dimensiones que deben ir juntas en la misión de todo enviado. Es lo que el evangelio llama “enseñanza con autoridad.» Si hay sólo proclamación, sin “milagros”, sin experiencia real de salvación, uno se queda en pura ideología.

*“Sublime vocación. Es la del mismo Jesucristo. Él no ha abandonado el seno de su Padre sino para hacer lo que ustedes van a hacer a su ejemplo. La Escritura nos dice que ha pasado haciendo el bien, **instruyendo** a los pobres, dando vista a los ciegos, sanando a los rengos, curando a los enfermos; y ustedes también enseñan la verdadera doctrina a aquellos que la ignoran y que privados de sus enseñanzas la habrían ignorado siempre; ustedes también **hacen prodigios** en el orden espiritual; estos niños a quienes abren los ojos a las divinas claridades, a quienes enseñan a conocer a Dios y el camino que conduce al cielo; estos niños débiles a quienes devuelven la salud del alma; estos niños ya sepultados en el vicio, como en un sepulcro infecto y que ustedes los hacen salir, ¿quiénes son sino los ciegos a los que se les da luz, y que por sus cuidados, comenzarán a caminar derecho y con paso firme, los muertos resucitados?” (S VII 2237)*



Todos los miembros de la Familia Menesiana, deben sentirse identificado emocionalmente con el sentir y querer de Dios, de allí nace una entrega sin medida al servicio de los últimos. El niño es el pobre en el que el Señor quiere ser servido. Ante la pretensión de los apóstoles que buscaban sus intereses de gloria y poder, el Señor los llama al servicio de los pequeños; estas palabras calan hondo en la vida y sensibilidad de Juan María, por eso dirá:

“No será así; y a la vista de esta multitud de niños que nos llaman en su socorro, que nos piden y nos conjuran tener piedad de su suerte, de arrancarles de la muerte eterna de la que están amenazados, ningún interés humano nos retendrá; nos lanzaremos hacia ellos, los tomaremos en nuestros brazos y les diremos : queridos niños, a los que Jesús nuestro Salvador ha amado tanto, a los que se ha dignado abrazar y bendecir, vengan a nosotros, permanezcan con nosotros, seremos los ángeles de la guarda de su inocencia.” (S VII 2271)

Todo menesiano, como el Padre, hace de los abandonados, de los pobres, de los últimos, el objeto preferente de su servicio y de su amor. También aquí para Juan María de la Mennais no hay medias tintas, los menesianos somos configurados para siempre por los “lazos” que estrechamos:

“La salvación de un Hermano como la de un sacerdote está ligada a la salvación de otros; cuando el último día estemos allí delante el tribunal supremo ¿dónde estarán nuestras excusas si vemos caer en el infierno, una sola alma que podríamos haber liberado con nuestros cuidados caritativos y con el esfuerzo de nuestro celo? ¿Qué podremos responder cuando estas desgraciadas almas nos digan : Dios te había encargado instruirme y me has dejado en la ignorancia; te había encargado socorrerme en mi miseria y has sido sordo a mis gritos; viles motivos de interés, de placer, de orgullo o de ambición te han alejado de mí cuando yo imploraba tu socorro y tu piedad; debías alimentarme, no lo has hecho, me has matado.” (S VII 2230)

Estas palabras, con un lenguaje teológico propio del siglo XIX, pueden sonarnos demasiadas duras y amenazantes, pero en todo caso deben remitirnos a las mismas palabras de Jesús:

“Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver”. Los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?” Y el Rey les responderá: “Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo”. (Mt 25, 34-40)